consuela en las negras horas de amargura; nos encariñamos con el hombre visionario, que busca el tesoro del Debaibe, rico y fantástico como El Dorado, en los bosques y montañas del Darién; ascendemos con él a las cumbres de las montañas panameñas, y lo vemos sin sombrero, de rodillas, contemplando las lejanías del Pacífico, que llenaron de lágrimas de gratitud sus azules ojos bondadosos; nos regocijamos cuando entra en las aguas del Océano por él descubierto y del cual toma posesión en nombre de su Rey y de su patria, y en presencia de los ciento y tantos soldados españoles que lo acompañaron en su difícilísima campaña; y finalmente, presenciemos el doloroso proceso que Pedrarias y sus sabuesos siguieron contra él, hasta darle muerte afrentosa, vil e injusta, en un patíbulo que levantaron la calumnia, la intriga y la envidia de esos "bachilleres en leyes" que se enviaban a las Indias, y de quienes el mismo Balboa dijo que tenían "vida de diablos" y eran no sólo mezquinos perversos, sino amigos de obrar en forma tal que sólo hubiese "mil pleitos y maldades" en las tierras que otros ganaban y trataban de colonizar y civilizar.

Y sin embargo, el libro de Méndez Pereira es sólo la Crónica de Vasco Núñez de Balboa, y no la novela *El tesoro del Debaibe*, que anda todavía en busca de autor.

LUIS RODRÍGUEZ EMBIL, *José Martí, El Santo de América*.—La Habana, Cuba, 1941. 259 pp.

Es éste el ensayo que mereció el primer premio en el concurso literario interamericano patrocinado en La Habana por la "Comisión Central Pro-Monumento a Martí".

En prosa limpia, armoniosa, emocionada, Rodríguez Embil nos ofrece aquí un buen estudio de interpretación de la prodigiosa vida de Martí — breve, intensa y fecunda. Analiza primero el estado social y económico en que se hallaba Cuba al nacer su grande Hombre, y luego lo sigue con paso firme en los días de su niñez y de su juventud, en sus peregrinaciones por Cuba, España, México, Guatemala y los Estados Unidos; lo observa en sus gestos, sus ademanes y sus actos; penetra el sentido de sus versos, sus artículos literarios y políticos y su correspondencia epistolar; lo revela en sus días de trabajos forzados en un presidio cubano; en sus años de estudios, de esfuerzos por crear para su pueblo una patria libre y digna, de pruebas, de triunfos, de desilusiones, de meditaciones y amarguras; y finalmente, lo contempla en los últimos años de acción libertadora, y en la hora culminante de su muerte ejemplar — la suprema del sacrificio.

Del libro de Rodríguez Embil surge el alto espíritu de Martí — que crece en los corazones americanos y se proyecta ya sobre el mundo — con claridad y precisión, y en sus características viriles, esenciales, de

apóstol cristiano, de libertador, de político, de Dignificador del hombre, de místico poeta visionario para quien "ser es más que existir", y es obrar y luchar sin prisa ni descanso hacia las cimas de la Democracia perfecta. Surge de sus páginas el Hombre Martí, que vivió en lo absoluto y para lo absoluto; que por razones de congenialidad buscó inspiración en la Escritura, en la Mística española y que, como Santa Teresa, supo darle a su fervor apostólico la virtualidad de un idealismo puro y práctico, no nada parecido al patético y estéril del alucinado Don Quijote... Surge el hombre americano que le dió al Nuevo Mundo "el ejemplo de la santidad en medio de la lucha", "el gusto a la vigilia heroica", la fe en el ideal, la devoción inquebrantable al deber moral y social: el Hombre Martí, *Dignificador de América*, cuyo destino supo intuir al afirmar que es el de "nivelar en la paz libre... los apetitos y los odios del mundo".

CARLOS GARCÍA-PRADA,
University of Washington,
Seattle.

RAFAEL MAYA, *Alabanzas del hombre y de la tierra*.—Bogotá, 1941.

Domina la obra de Rafael Maya un claro sentido de lo trascendente, un sereno pensamiento elemental; en cada instante de su trayectoria hallamos un retorno hacia las verdades esenciales, hacia los más permanentes problemas, una mirada, nueva de nuevo, que quiere llegar al corazón de las cosas y de los seres animados con la simplicidad, con la profundidad, con el asombro místico del hombre primitivo, del hombre de siempre.

En este segundo tomo de las *Alabanzas del hombre y de la tierra*, Maya da una sensación de más hondura, de más reposo aunque quizá con menos vuelo imaginativo que en el primero; su estilo, en el fondo, permanece el mismo, con sus dilatados períodos, su fresca claridad, sus imágenes que se desenvuelven lentas, armoniosas, casi exactas, su inclinación hacia un pagano deleite en la belleza, en medio de los elementos, como un héroe helénico de alma cristiana.

Hay, en este nuevo libro de Rafael Maya, pasajes de un momento, trozos de una apresurada belleza, páginas que, lejos ya de su nacimiento, han perdido su fervor optimista, la razón de ser que un instante fugitivo les dió; son páginas de una extraordinaria hermosura para una conmemoración, para inaugurar una sala de pintura, para fijar el momento de una muerte desafortunada; pero no representan ellas lo más estable, lo más bello de su obra; les falta el valor permanente, la pureza de un arte desligado de toda ubicación en el espacio o en el tiempo, calidades que seguramente su autor no quiso darles al reunirlos en un volumen. Son, por fortuna, las menos; en otros instantes alcanza Maya su fuerza de siempre, la densidad y el volumen que caracterizan su pensamiento